

PAGANINI y Yolanda Giordani

RESUMEN DEL NUMERO ANTERIOR: El joven Nicolás Paganini resolvió abandonar a sus padres y, siguiendo su vocación musical, llegó a la ciudad de Liorna. Allí conoció a Yolanda Giordani, joven de origen humilde de quien se enamoró apasionadamente. Día a día los paseos se sucedían con el encanto propio de los momentos vividos por un músico bohemio y una hermosa, dulce e ingenua vendedora de tienda.

La hora del amor había llegado para Yolanda y Nicolás. Eran ya cerca de las nueve y media de la noche y ella estaba más contenta que nunca. Había en su semblante una serenidad y una seguridad que antes no se le conocían. Era, como si de pronto se hubiera convertido en mujer y enfrentara las cosas de todos los días con un sentido distinto. Y si hasta días antes podía decirse de ella el verla pasar de camino hacia su casa que era una flor juvenil, en aquel momento daba sensación de algo que fructifica y cumple su destino. Claro está que ello no era una dádiva generosa de la naturaleza, sino el medio de precaverla y armarla contra las luchas, los padecimientos y el temple que le demandaría su nuevo estado.

—Yo compraré tela —decía—, para hacer unas nuevas cortinas. ¡Estas no me gustan! —y trataba en vano de arreglar los visillos de la ventana.

—Bueno, está bien ya. Yolanda. Lo dispondrás como más te guste. Pero me parece que se está haciendo tarde y que debes regresar a tu casa. Se extrañarían de tu tardanza.

UNA LECCION DE AMOR

Yolanda se volvió hacia

alcohol? Pero ¿no te has dado cuenta, Nicolás, de que yo te besaba de veras? Sí, gracias a ti que he convertido en una mujer y no pienso irme de tu lado, salvo, claro está, que tú me lo pidas.

—No... imagínate que... por mí...

—Dime, ¿qué clase de amor es el tuyo, si vacila?

Y así fué como esa noche Yolanda Giordani no regresó a su casa. Ella tenía entonces dieciocho años, Nicolás Paganini, diecisiete. La nueva situación le creaba a él una seria responsabilidad. No solamente debía mantenerse a sí mismo, sino mantener también a su compañera. Afortunadamente, Yolanda continuó trabajando en la tienda y con lo escaso de su paga logró subvenir a las necesidades más apremiantes. Fueron esos días difíciles para la pareja, todo porque una sola de las partes soportaba casi todo el peso de las responsabilidades. Paganini se negaba a trabajar como el resto de los hombres: alegaba que su condición de artista no se lo permitía y, mientras tanto, aguardaba que se terminaran de convenir los últimos pormenores de su concierto.

Por fin el momento esperado llegó. Cierta noche, cuando Yolanda regresaba

Escondió la cabeza entre su pecho y permaneció así largo rato, en silencio.

—No, no me alegro—dijo por fin—. O, para decir verdad, me alegro por tí, pero no por mí.

—¿Cómo es eso? No entiendo el significado de tus palabras.

—Luego del jueves serás famoso, Nicolás. Y entonces ya no me querrás más.

—¿Cómo no he de quererte más? ¿Te has enloquecido?

—No. Yo sé que tengo razón. Cuando tengas fama y dinero, ¿cómo podría yo seguir a tu lado? Quién soy yo, sino una pobre y oscura vendedora de tienda. No poseo ni la belleza ni los atractivos de las señoras que el jueves irán a aplaudirte. En alguna oportunidad tal vez hasta tendrás pue avergonzarte de mí.

—Estás celosa, Yolanda.

—No. No son celos, sino presentimientos.

El jueves por la noche, momentos antes del concierto, Paganini se despidió de Yolanda:

—¿Así que no quieres venir?

—No. Estaré aquí esperando ansiosa tu regreso.

—Apenas termine vendré en seguida a ofrecerte mi triunfo y, mientras ejecute, tu imagen no se apartará de mí.



—Nunca. Había en su semblante una serenidad y una seguridad que antes no se le conocían. Era, como si de pronto se hubiera convertido en mujer y enfrentara las cosas de todos los días con un sentido distinto. Y si hasta días antes podía decirse de ella el verla pasar de camino hacia su casa que era una flor juvenil, en aquel momento daba sensación de algo que fructifica y cumple su destino. Claro está que ello no era una dádiva generosa de la naturaleza, sino el medio de precaverla y armarla contra las luchas, los padecimientos y el temple que le demandaría su nuevo estado.

—Yo compraré tela —decía—, para hacer unas nuevas cortinas. ¡Estas no me gustan! —y trataba en vano de arreglar los visillos de la ventana.

—Bueno, está bien ya, Yolanda. Lo dispondrás como más te guste. Pero me parece que se está haciendo tarde y que debes regresar a tu casa. Se extrañarían de tu tardanza.

UNA LECCION DE AMOR

Yolanda se volvió hacia él con una lentitud des acostumbrada en ella. Se acercó, lo tomó por los hombros y le dijo, mirándolo fijamente, con una actitud que no dejaba de provocar cierto temor en Nicolás.

—Pero, dime, ¿crees de veras que yo voy a volver ahora a mi casa?

—Por supuesto que lo creo.

—Escúchame, Nicolás. ¿Piensas tú que una mujer que quiere de veras se va a alejar del hombre que ama para volver al infierno de su casa. O, mejor dicho, al desierto de su casa? ¿Crees que es posible regresar a oír las peleas de mis hermanos, las lágrimas monótonas de mi madre, que llora con la misma facilidad que otros respiran, y las blasfemias y las insensateces de un hombre dominado por el

pienso... dime... tu lado, salvo, claro está, que tú me lo pidas.

—No... imagínate que... por mí...

—Dime, ¿qué clase de amor es el tuyo, si vacila?

Y así fué como esa noche Yolanda Giordani no regresó a su casa. Ella tenía entonces dieciocho años, Nicolás Paganini, diecisiete. La nueva situación le creaba a él una seria responsabilidad. No solamente debía mantenerse a sí mismo, sino mantener también a su compañera. Afortunadamente, Yolanda continuó trabajando en la tienda y con lo escaso de su paga logró subvenir a las necesidades más apremiantes. Fueron esos días difíciles para la pareja, todo porque una sola de las partes soportaba casi todo el peso de las responsabilidades. Paganini se negaba a trabajar como el resto de los hombres: alegaba que su condición de artista no se lo permitía y, mientras tanto, aguardaba que se terminaran de convenir los últimos pormenores de su concierto.

Por fin el momento esperado llegó. Cierta noche, cuando Yolanda regresaba más fatigada que nunca de su trabajo y luego de haber postergado las exigencias de la casera, que amenazaba echarlos a la calle, apareció Paganini en la puerta del cuarto, excitado y eufórico.

—¡El maestro Ciocca ya lo ha arreglado todo y el jueves de la semana próxima tendrá lugar mi primer concierto en Liorna! —exclamó abrazando a Yolanda, que permaneció en silencio—. ¿Sabes lo que eso significa, querida mía? Se acabaron las privaciones. ¡Luego del jueves tendremos dinero!

—Sí, claro, dinero... dijo ella con acento no muy convencido.

—¿Es que no te alegras, Yolanda?

YA NO ME QUIERAS MAS

En lugar de contestarle, la muchacha corrió a buscar refugio en sus brazos.

pero no por mí.

—¿Cómo es eso? No entiendo el significado de tus palabras.

—Luego del jueves serás famoso, Nicolás. Y entonces ya no me querrás más.

—¿Cómo no he de quererte más? ¿Te has enloquecido?

—No. Yo sé que tengo razón. Cuando tengas fama y dinero, ¿cómo podría yo seguir a tu lado? Quién soy yo, sino una pobre y oscura vendedora de tienda. No poseo ni la belleza ni los atractivos de las señoras que el jueves irán a aplaudirte. En alguna oportunidad tal vez hasta tendrás pue avergonzarte de mí.

—Estás celosa, Yolanda.

—No. No son celos, sino presentimientos.

El jueves por la noche, momentos antes del concierto, Paganini se despidió de Yolanda:

—¿Así que no quieres venir?

—No. Estaré aquí esperando ansiosa tu regreso.

—Apenas termine vendré en seguida a ofrecerte mi triunfo y, mientras ejecute, tu imagen no se apartará de mí.

Con estas promesas y besos, Paganini se dirigió al teatro. Sobre todo lo impulsaba la necesidad de deslumbrar a su auditorio para poder conseguir en próximas presentaciones el dinero que le permitiera llevar una vida tranquila, alejada de las preocupaciones.

El teatro estaba colmado. Los rumores que la ciudad de Liorna había escuchado con respecto al joven músico, hicieron posible una gran afluencia de oyentes. Había cierta curiosidad general por la presentación del joven violinista. Por ello, cuando Nicolás apareció en el escenario se hizo un breve silencio. Pero muy pronto comenzó un murmullo a recorrer la sala. Evidentemente, el aspecto del violinista no terminaba de seducir a los espectadores.



Su larga cabellera descuidada, su nariz prominente y, sobre todo, el aspecto descuidado de su persona, hicieron que esa curiosidad se trocara en desencanto.

Tan profunda fué la impresión del auditorio que, pese a haber interpretado la primera de las composiciones anunciadas con notable brillantez, los aplausos fueron débiles.

Ante esta situación, el temperamento orgulloso del

violinista sufrió un choque y en lugar de ajustarse a la segunda composición anunciada, comenzó a interpretar una extraña, maravillosa, cautivante melodía. Desde atrás de las cortinas del escenario, Ciocca, nervioso y excitado, murmuraba entre dientes: —Ha comenzado a improvisar. ¡Ahora oirán una música sublime!

DESPUES DEL CONCIERTO

En efecto, a medida que Paganini tocaba, la transformación del público era evidente. Al primer estado de desatención sucedió otro de sorpresa. Muy pronto el silencio fué absoluto. La gente, pendiente del arco mágico, parecía haber contenido hasta la respiración. El inspirado intérprete moviendo hacia un lado y hacia otro la cabeza desmeñada, hundiendo el rostro entre un brazo movido vertiginosamente y el otro fi-

continuación

jo, brindaba un espectáculo impresionante. Las notas se sucedían en oleadas maravillosas; a veces la música imitaba el batir tempestuoso del mar; a veces era dulce y desmayada; de pronto parecía nacida de los mismos infiernos.

Lo cierto es que cuando terminó su improvisación, el público aplaudió estruendosamente. Los más exaltados, de pie, aclamaban su nombre y pretendían subir al escenario. En tanto, Nicolás, retirándose y agradeciendo tímidamente, llegaba hasta donde estaba Ciocca, para decirle:

—¡Cuánto lamento que Yolanda no se halle aquí y presencie esto!

El final del concierto fué realmente apoteósico. El público, maravillado ante la demostración de maestría hecha por Nicolás Paganini, no disimulaba ni su entusiasmo ni su admiración. Por todas esas razones le resultó sumamente difícil al violinista cumplir con lo que le había prometido a Yolanda. Prácticamente

secuestrado por los melómanos liorneses, Nicolás fué invitado a cenar en casa de una marquesa. Allí, entre brindis y halagos, cubierto por una nube de humo y de alcohol, el recuerdo de Yolanda se fué apagando.

Entre tanto, en su casa, ella sufría la espera angustiosa; sus presagios parecían confirmarse. Primero intentó engañarse pensando que no era tan tarde...; luego que el concierto podía haberse retrasado. Pero al llegar la medianoche y comprobar que Nicolás no volvía, cedió a las primeras lágrimas.

Amanecía cuando Nicolás se hizo presente en su cuarto. Yolanda estaba entre dormida con ese sueño liviano de las intranquilas. Abrió los ojos como si no comprendiera muy bien la realidad:

—¡Nicolás: por fin!

EL PROBLEMA DEL ALQUILER

El llegaba luego de una noche de homenajes. Venía un tanto deslumbrado por un mundo que no conocía. Su cuarto le pareció más triste y mísero que nunca. Miró sus ángulos húmedos, tal vez buscando los reflejos de las joyas que había visto pendientes del pecho de las damas. Recordaba los vestidos costosos, las manos cuidadas.

Yolanda estaba muy destemplada por la mala noche, pálida y ojerosa. Con tono conciliatorio se

PAGANINI... continuación

no. Pero haga el favor de esperarme hasta mañana, porque el dinero lo tiene el administrador.

—Bueno, pero que sea mañana —respondió la mujer dejando traslucir un gesto de disgusto. Apenas la casera se marchó. Yolanda le preguntó a Nicolás:

—¿Por qué no les ha pagado?

—No tengo dinero.

—¿Cómo no tienes dinero? ¿No has cobrado acaso?

—Sí, cobré, pero estuve en dificultades.

—No entiendo —murmuró Yolanda.

—Sucede que unos amigos me invitaron a cenar y después hubo una partida de naipes.

—¡Y has perdido todo el dinero!

—Soy un miserable, Yolanda, pro ésa es la verdad.

—¿Y qué haremos ahora

—No te aflijas. Esta noche buscaré el desquite.

—No. No puedes hacer eso. Sería una locura buscar la salida en el juego. Nunca me he opuesto a nada, pero te aseguro que en este caso recurriré a cualquier medio para im-

pedir que vuelvas a jugar.

ESTA MUJER ES MIA

La discusión no prosiguió porque la egolatría de Paganini lo llevaba a no discutir con su mujer. Y esa noche, luego de una más que frugal cena, Nicolás se dirigió a uno de los garitos más sórdidos de la ciudad. Claro está que antes de hacerlo pasó por la casa de Ciocca, a quien le pidió el dinero necesario

(Continúa en la Página 76)